

Personas libres

Lluís Clavell

Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma, Italia

«Os quiero rebeldes, libres de toda atadura, porque os quiero —¡nos quiere Cristo!— hijos de Dios»¹.

De algún modo en esta frase se resume lo que quisiera exponer bajo el título *Personas libres*. El Beato Josemaría Escrivá se empeñó incansablemente en estimular a todas las personas que trataba a tener la valentía de ser libres, con el riesgo y la responsabilidad que eso comporta, y a defender o a tomarse esa libertad, ganada por Cristo, sin esperar a que les sea concedida por otros. A mi modo de ver, esa es una de las claves para entender la grandeza de la vida ordinaria: en ella cada hombre y cada mujer debe crecer día a día en lo que es el núcleo de su dignidad: en la libertad personal de los hijos de Dios.

1. FENÓMENOS DE DISMINUCIÓN DE LA LIBERTAD PERSONAL

Durante su vida pudo observar con dolor varios fenómenos culturales y sociales que tenían como resultado una fuerte despersonalización: masificación, diversos tipos de alienaciones, totalitarismos y dictaduras, deformaciones debidas al clericalismo, etc. Ante estos ataques a la persona y a su libertad, el Beato Josemaría reaccionó con sensibilidad cristiana, saliendo en defensa de la dignidad de cada ser humano.

¹ *Amigos de Dios*, 38. A la vez que preparaba esta comunicación, estaba escribiendo un estudio más largo sobre este tema: *La libertad ganada por Cristo en la Cruz. Aproximación teológica a algunas enseñanzas del Beato Josemaría Escrivá sobre la libertad*, publicado en «Romana» 33 (2001). Una parte de la presente comunicación resume las ideas de ese trabajo.

Este aspecto tan característico de su talante y de sus enseñanzas ha sido ya destacado en los diversos trabajos biográficos publicados hasta ahora. En esta comunicación —dentro de un congreso que se proyecta hacia el futuro— quisiera referirme a algunos de esos fenómenos despersonalizantes tal como se presentan en la cultura dominante actual. Concretamente, aludiré a dos aspectos del modo de vivir y de entender la libertad humana, en los que está en juego el destino de la persona y de la sociedad: *la reducción de la libertad a mera capacidad de elección*, acompañada paradójicamente de *una abdicación de la libertad personal en la tarea de construir la sociedad*.

a) *La reducción de la libertad a mera capacidad de elección*

San Agustín distingue dos tipos de libertad: el libre arbitrio o capacidad de escoger, y la *libertas*, que es el señorío de quien, mediante las virtudes, es dueño de los propios actos, es un sujeto creador y no un esclavo de las tendencias desordenadas, presentes en todo ser humano². La experiencia de libertad, que caracteriza la época moderna en el plano de la vida individual y política y en el ámbito de la reflexión y del pensamiento, ha conducido a descubrir el valor fundamental de la libertad. Sin embargo, al destituirla de un ulterior fundamento absoluto, ya no la entiende como una libertad ordenada a un fin y dotada de sentido, sino que hace de ella un absoluto que no necesita de fundamentación alguna. La libertad se reduce entonces a mera capacidad de realizar elecciones (el *liberum arbitrium* agustiniano).

Es lo que sucede, por ejemplo en la confrontación, tan importante para el futuro de la humanidad, entre los grupos “pro choice” y los movimientos en favor de la vida, a propósito especialmente del aborto. El partido transversal “pro choice” mantiene una idea de libertad como mera elección, sin ninguna orientación ni encuadre en el ser de la persona. Es una idea análoga a la de los que defienden el relativismo como la base adecuada para la democracia: no existe la verdad. Pero como esta afirmación es contradictoria, ya que pretende ser verdadera cuando acaba de negar la verdad, se suaviza la incoherencia admitiendo algún tipo de verdad “débil”: la ciencia, la técnica, la tolerancia. Aún así muchas propuestas de tolerancia caen en la contradicción de negar la verdad, admitiendo sólo la verdad de la misma tolerancia. En la posición “pro choice”, la elección deviene el único absoluto.

² «Haec est libertas nostra, cum isti subdimur veritati: et ipse est Deus noster qui nos liberat a morte, id est a conditione peccati» (S. AGUSTÍN, *De libero arbitrio*, 2, 13, 37).

No es el momento de indagar en las raíces históricas de esta libertad entendida como “posibilidad de las posibilidades” (C. Fabro), que llevada al extremo significa que se es más libre, cuando uno evita las decisiones definitivas o comprometidas, o incluso reduciendo al mínimo posible el número de decisiones. Tampoco quiero ahora detenerme en los diversos aspectos positivos de la experiencia moderna de la libertad, pero no es posible dejar de mencionar algunos.

En los últimos siglos ha tenido lugar un progresivo descubrimiento del valor y de la radicalidad de la libertad. En el plano existencial de las personas singulares y de la sociedad, se ha consolidado una fuerte conciencia de la dignidad de la persona y de sus derechos, a la vez que se ha afirmado la autonomía relativa de las realidades terrenas. En el centro de todo este proceso se encuentra la experiencia vivida de la libertad, en el plano personal y en el de la vida social y política. Esta mayor conciencia del alcance de la libertad y de su valor se refleja en los textos jurídicos, en la literatura y en los desarrollos especulativos. A mi modo de ver, se trata de un largo proceso de maduración de algunas verdades cristianas, que ha requerido siglos de historia para manifestar cada vez más plenamente sus virtualidades.

Como es lógico, la profundización en la libertad ha estado siempre acompañada de escorias relacionadas con el pecado. En el orden teórico, muchos filósofos tienden —a mi juicio, acertadamente— a ver la libertad como centro del hombre. Esa autonomía antropocéntrica contiene un rechazo del realismo metafísico —profundamente humano y reforzado por el cristianismo—, de la aceptación del ser comunicado por Dios a las criaturas. El acto de ser es fuente de actividad, y cuando es de orden espiritual, es un ser personal que con el libre dinamismo se perfecciona y se dirige hacia su plenitud. Por eso sucede la extraña paradoja, frecuente en la modernidad, de una fuerte percepción de la libertad, que luego se malogra tristemente de diversos modos.

b) Abdicación de la libertad personal en la tarea de construir la sociedad

Conectada con esta idea ampliamente difundida se observa un tipo de despersonalización consistente en abdicar del ejercicio de la libertad *personal*, cediéndola casi inconscientemente a otras instancias. Como ya previó de modo lúcido Alexis de Tocqueville, la democracia puede transformarse en una dictadura suave. Con frecuencia el Estado asume la tarea de proveer a todas las necesidades de los ciudadanos, adormeciendo su libertad responsable. Son muchos los que —con una amplia gama de posibles elecciones sobre temas menores— son escasamente libres, porque han renunciado a pensar o porque su derecho a una

información adecuada es conculcado con diversos mecanismos ocultos. Ante el dominio de diversas estructuras de poder, de mercado, de comunicación, las personas quedan reducidas a meros individuos, que se ven inconscientemente recludos en el ámbito privado, perdiendo su condición de sujetos personales activos en la construcción de la sociedad, en el mundo del trabajo, en el progreso humano.

Pienso que en las enseñanzas del Beato Josemaría encontramos varios puntos que pueden iluminar el camino de la libertad para el futuro, superando los actuales problemas acerca de ella y de su sentido.

2. LA LIBERTAD COMO DON DIVINO

En primer lugar, el Beato J. Escrivá de Balaguer considera la libertad como un don de Dios. Este es quizá el punto teológico radical de la reflexión del Beato Josemaría: la libertad es un don divino, y no algo contrapuesto de suyo a Dios. Por eso su actitud es de hondo agradecimiento a Dios por el privilegio de la libertad: «sólo nosotros, los hombres —no hablo aquí de los ángeles— nos unimos al Creador por el ejercicio de nuestra libertad: podemos rendir o negar al Señor la gloria que le corresponde como Autor de todo lo que existe»³. El Señor no nos coacciona, porque quiere «correr el riesgo de nuestra libertad»⁴.

La libertad —que en no pocos pensadores modernos se malogra al ser entendida como una libertad que es fundamento y no es fundada, como autonomía antropocéntrica, como soledad individualista y autárquica—, recupera en las enseñanzas del Beato Josemaría su lugar teológico originario, ya que el señorío le viene al hombre de su ser a imagen y semejanza de Dios. Hombres y mujeres son sujetos con una creatividad participada —con una dignidad y una tarea expresadas en el *Génesis*— que se realiza a la vez con el cuidado y servicio amoroso referido al mundo y a los demás mediante el trabajo, y con la misión de llenar la tierra mediante el amor conyugal y la familia.

Al hablar de la imagen de Dios en el hombre, el Beato Josemaría gusta de recurrir al pensamiento de Tomás de Aquino a propósito de este don de la libertad: «he aquí el grado supremo de dignidad en los hombres: que por sí mismos, y no por otros, se dirijan hacia el bien»⁵; «Dios hizo al hombre desde el principio y

³ *Amigos de Dios*, 24.

⁴ *Es Cristo que pasa*, 111.

⁵ S. TOMÁS DE AQUINO, *Super Epistolas S. Pauli lectura. Ad Romanos*, cap. II, lect. III, n. 217 (ed. Marietti, Torino 1953); citado en *Amigos de Dios*, 27.

lo dejó en manos de su libre albedrío (*Eccló XV, 14*). Esto no sucedería si no tuviese libre elección»⁶.

Tomás de Aquino se refiere en varias ocasiones a la libertad, al “dominium sui actus”, siguiendo a San Juan Damasceno (por ejemplo, en el prólogo de la *S.Th. I-II*). Ciertamente la criatura humana es imagen de Dios con la inteligencia, pero este aspecto parece ser sólo un primer momento ordenado a su vez al señorío y autodeterminación propios de la trascendencia del dinamismo espiritual. La imagen de Dios en las personas creadas se halla sobre todo en la libertad. Dios crea por amor sujetos semejantes a Sí: personas angélicas y humanas dotadas de un autodinamismo limitado, concedido de manera participada por Dios como difusión de una semejanza suya que procede de la Plenitud de Ser que Él es.

Alejandro Llano observa con acierto que esta inserción teológica, arraigada en la tradición agustiniana y tomista, permite al Beato Josemaría comprender con radicalidad la libertad humana y a la vez no retroceder ante el desafío antropocéntrico de la modernidad, sino al contrario denunciar sus insuficiencias precisamente al desarrollar sus ignoradas potencialidades⁷.

3. SER LIBRES PARA PODER DAR

La libertad tiene un aspecto básico de capacidad de elección y de iniciativa; pero a la vez ese poder está orientado hacia una finalidad: nos permite servir a Dios y a los demás, porque queremos, sin coacción alguna.

La libertad tiene su sentido en el amor y en la entrega. El Beato Josemaría muestra con un estilo muy existencial y vivo la esterilidad y la irracionalidad del no querer comprometerse: su carácter de algún modo antinatural. La esterilidad, porque «esas almas —las habéis encontrado, como yo— se dejarán arrastrar luego por la vanidad pueril, por el engreimiento egoísta, por la sensualidad. Su libertad se demuestra estéril, o produce frutos ridículos, también humanamente. El que no escoge —¡con plena libertad!— una norma recta de conducta, tarde o temprano se verá manejado por otros, vivirá en la indolencia —como un parásito—, sujeto a lo que determinen los demás. Se prestará a ser zarandeado por cualquier viento, y otros resolverán siempre por él. [...] ¡Pero nadie me coacciona!, repiten obstinadamente. ¿Nadie? Todos coaccionan esa ilusoria libertad, que no se arriesga a aceptar responsablemente las consecuencias de actuaciones libres, personales. Donde no hay amor de Dios, se produce un vacío de individual y res-

⁶ S. TOMÁS DE AQUINO, *Quaestiones disputatae. De Malo*, q. VI, a. 1.

⁷ A. LLANO, *La libertad radical*, publicado en *Acto de Homenaje al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador de la Universidadde Navarra*, Pamplona, 26 de junio de 1992, p. 97.

ponsable ejercicio de la propia libertad: allí —no obstante las apariencias— todo es coacción. El indeciso, el irresoluto, es como materia plástica a merced de las circunstancias; cualquiera lo moldea a su antojo y, antes que nada, las pasiones y las peores tendencias de la naturaleza herida por el pecado»⁸. Descripción que tiene gran actualidad en nuestra época, en la que mucha gente se deja llevar por una libertad a la que el Beato Josemaría llama “libertinaje”.

El que quiere reservarse la libertad sin ejercerla en la entrega, es esclavo de sí mismo y acaba siendo esclavo de los demás, de muchas cosas externas, de las que debería ser dueño como hijo de Dios. Es el camino de la infelicidad aquí abajo y luego para siempre. No es libertad, sino libertinaje.

En esa esclavitud que proviene de responder que no a Dios se actúa también contra la razón, como afirma Santo Tomás de Aquino: «El hombre es racional por naturaleza. Cuando se comporta según la razón, procede por su propio movimiento, como quien es: y esto es propio de la libertad. Cuando peca, obra fuera de razón, y entonces se deja conducir por impulso de otro, sujeto en confines ajenos, y por eso el que acepta el pecado es siervo del pecado (*Iob VIII, 34*)»⁹.

El Fundador del Opus Dei no concibe la dimensión antropológica natural como una simple capacidad electiva y de donación creativa limitada a la inmanencia terrena, sino que la ve dotada de una esencial ordenación a Dios. Y así puede afirmar: «Dios hizo al hombre desde el principio y lo dejó en manos de su libre albedrío (*Ecclo XV, 14*). Esto no sucedería si no tuviese libre elección¹⁰. Somos responsables ante Dios de todas las acciones que realizamos libremente. No caben aquí anonimatos; el hombre se encuentra frente a su Señor, y en su voluntad está resolverse a vivir como amigo o como enemigo»¹¹. Es más, la libertad adquiere su sentido cuando se la acepta en toda su realidad y alcance como libertad sobre todo ante Dios, y luego ante las demás personas.

Pienso que con este planteamiento se pueden superar los problemas de una libertad como mera capacidad de elegir, para los que tampoco muchos autores de la teología y filosofía cristianas de la primera mitad del siglo XX daban una solución satisfactoria. Como reacción, entre algunos pensadores cristianos surgió la tendencia a encontrar un sentido más alto de la libertad. La idea de libertad como mera propiedad de la facultad volitiva espiritual producía insatisfacción. Por eso se intentaba verla como una expresión de toda la persona. Como escribe Alejandro Llano, «la decisión libre implica existencialmente al ser humano de

⁸ *Amigos de Dios*, 29.

⁹ S. TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, cap. VIII, lect. IV, n. 1204 (ed. Marietti, Torino 1952).

¹⁰ S. TOMÁS DE AQUINO, *Quaestiones disputatae. De Malo*, q. VI, a. 1.

¹¹ *Amigos de Dios*, 36.

modo más profundo y global que el propio conocimiento»¹² o como señala Paul Ricoeur, al decidir, yo *me* decido, poniendo en mi decisión todo el peso de mi ser.

También la noción de libertad como pura capacidad de elegir medios se mostró reductiva y muchos autores— como, por ejemplo Joseph de Finance o Karol Wojtyła— subrayaron la autodeterminación o autotrascendencia hacia la perfección y la plenitud, que se manifiestan especialmente en la donación, punto en el que también convergen filósofos bastante diversos como Cornelio Fabro, Leonardo Polo, Carlos Cardona o Robert Spaemann.

En una de sus obras Robert Spaemann muestra que el hombre alcanza su plenitud y con ella su felicidad (*Glück*), en la benevolencia (*Wohllwollen*) hacia los demás, queriendo su bien en cuanto tal. También Carlos Cardona ha hecho de la relación entre ser, libertad y amor de benevolencia, el núcleo de su obra quizá más lograda desde un punto de vista propositivo¹³. En ella sostiene que la libertad es una característica trascendental del ser del hombre; es el núcleo de toda acción realmente humana y lo que confiere humanidad a todos sus actos. El acto primero y fundamental de la libertad consiste en decidirse, con un amor electivo, por el bien en sí mismo, superando el amor natural hacia el bien para mí. Significa, por tanto, un éxtasis, con el que se sale de sí mismo.

4. DESPERTAR LAS ENERGÍAS DE LA LIBERTAD RESPONSABLE

El Beato Josemaría, como maestro de vida cristiana y formador de hombres, tiene siempre presente el contexto cultural en que viven sus lectores y oyentes, las personas a las que se dirige. Ante lo que cabe llamar descubrimiento moderno de la libertad, denuncia sus insuficiencias no de modo simplemente polémico o negativo, sino desarrollando en sentido cristiano y humano las potencialidades de esa libertad sentida ahora de modo más agudo.

Con sus enseñanzas ayuda a defenderse de la abdicación de la libertad y de la responsabilidad, a no recluirse en el ámbito privado, a ir más allá de una vida que se encerrase sólo en el trabajo y en la familia, sin sentir la fuerza de la libertad para construir el futuro.

La libertad, según el Fundador del Opus Dei, es, en su sentido principal y radical, libertad ante Dios y para Dios, y por tanto la responsabilidad le está inseparablemente unida. En el anonimato propio de la masificación se pierde la responsabilidad personal. Quedan sólo individuos, desposeídos de su fundamental

¹² A. LLANO, *Sueño y vigilia de la razón*, Pamplona 2001, p. 363.

¹³ Cfr. C. CARDONA, *Metafísica del bien y del mal*, Pamplona 1987.

carácter de personas. El Beato Josemaría se esforzaba por extraer a las personas de la masa anónima, compuesta de individuos en estado soledad y privados de una relación auténticamente humana con Dios y con los demás. Como maestro de vida cristiana quería formar personas libres, hijos de Dios que luchaban por estar con Cristo en la Cruz, que procuraban responder a la libre donación y anonadamiento de Dios con la libre entrega de sí mismos. Si no se estimula la responsabilidad, tampoco se forman personas libres.

En primer lugar, desearía insistir en que la libertad personal no debe interpretarse en sentido individualista. Al contrario, el Beato Josemaría impulsaba a que, como manifestación de libertad responsable, se tomase parte activa en asociaciones varias, procurando intervenir en las decisiones humanas de las que dependen el presente y el futuro de la sociedad. Así lo expresó muchas veces: «Con libertad, y de acuerdo con tus aficiones o cualidades, toma parte activa y eficaz en las rectas asociaciones oficiales o privadas de tu país, con una participación llena de sentido cristiano: esas organizaciones nunca son indiferentes para el bien temporal y eterno de los hombres»¹⁴.

Los grandes retos de la historia han de encontrar a los cristianos con el sentido de responsabilidad de quienes se saben identificados con Cristo en la Cruz, que salva y libera de las esclavitudes. «Los hijos de Dios, ciudadanos de la misma categoría que los otros, hemos de participar “sin miedo” en todas las actividades y organizaciones honestas de los hombres, para que Cristo esté presente allí. Nuestro Señor nos pedirá cuenta estrecha si, por dejadez o comodidad, cada uno de nosotros, libremente, no procura intervenir en las obras y en las decisiones humanas, de las que dependen el presente y el futuro de la sociedad»¹⁵.

5. PERSONAS LIBRES EN LAS DIVERSAS FACETAS DE LA VIDA

Entre las aplicaciones de la libertad a la existencia humana y cristiana enseñadas por el Beato Josemaría Escrivá se halla su heroica defensa del legítimo campo de lo opinable en el terreno profesional, en el mundo de las ideas políticas, sociales, económicas, culturales, artísticas. Existe un legítimo y sano pluralismo, característico de la mentalidad laical —la libertad es uno de sus elementos centrales— y contrario al clericalismo, que no respeta la justa autonomía de las realidades temporales, la naturaleza y las leyes puestas por Dios en sus criaturas. «Cuando se comprende a fondo el valor de la libertad, cuando se ama apasiona-

¹⁴ *Forja*, 717.

¹⁵ *Ibidem*, 715.

damente este don divino del alma, se ama el pluralismo que la libertad lleva consigo»¹⁶.

Se puede decir que en este terreno tuvo que navegar contra corriente desarrollando potencialidades de la libertad y enraizándolas en su fundamento teológico. Así afirmaba que dentro de los márgenes de la Revelación divina en Cristo, custodiada por el Magisterio de la Iglesia, existe una pluralidad de posiciones que es buena, en cuanto manifestación de libertad y responsabilidad personales¹⁷.

También en el campo teológico hay un espacio para una legítima variedad de posiciones, dentro de una plena fidelidad al Magisterio. Por eso en la Prelatura del Opus Dei se siguen las indicaciones del Magisterio de la Iglesia, sin que por eso exista una escuela teológica propia.

Su amor a la libertad le llevó a prodigarse en dar una formación muy cuidada —también en el plano teológico— con la que cada fiel pudiese después moverse con libertad en la santificación del trabajo y en la actividad apostólica, sin esperar consignas. También en este punto innovaba, sin pretensiones de originalidad.

En la vida espiritual y apostólica veía mucho de autodeterminación y la estimulaba. La dirección espiritual tiene como uno de sus fines ayudar a las almas a querer —a ejercitar la libertad—, secundando la acción del Espíritu Santo. Por eso Josemaría Escrivá movía a hacer oración, un coloquio sincero y auténtico de hijos con su Padre, a ponerse ante Dios, que es el punto de referencia fundamental de la libertad humana. Las decisiones nacen entonces como respuesta a la luz de Dios, con la ayuda de su gracia. En muchas ocasiones ante algunas preguntas que le hacían, respondía aproximadamente en estos términos: ¿por qué no se lo preguntan al Señor en la oración?

El Beato Josemaría Escrivá defendió el don de la libertad para todas las personas. Como Cristo, que muere en la Cruz para conquistarnos la libertad de los hijos de Dios, el cristiano tiene que defender la libertad de los otros y después la propia. Amaba mucho la libertad de las conciencias y solía decir que, con la gracia de Dios, daría su vida por defender la libertad de quienes no eran católicos. De ahí que las actividades apostólicas del Opus Dei no hacen nunca discriminación por motivos religiosos.

En este contexto la educación consiste sobre todo en enseñar a ser libres, formando a los jóvenes —y a todos— de modo que puedan moverse libremente y con buen criterio en todos los ambientes: educar en la libertad y para la libertad.

¹⁶ *Conversaciones*, 98.

¹⁷ Al mismo tiempo el Beato Josemaría recordó muchas veces que por circunstancias especiales la jerarquía eclesial puede pedir a los católicos una posición común única en terrenos opinables, aunque no sea ésta la situación normal.

6. EL TRASFONDO TEOLÓGICO: LA FILIACIÓN DIVINA Y LA CRUZ

Las enseñanzas del Beato Josemaría sobre la libertad no pueden verse sólo desde un punto de vista humano. Es más, quisiera destacar el origen principalmente teológico de sus enseñanzas sobre la libertad. Además de los factores de su educación familiar, de su propia personalidad humana y cristiana, y probablemente también de su formación jurídica, pienso que su penetración en la libertad se debe sobre todo a la luz fundacional recibida de Dios y a su propia experiencia cristiana.

No parece, desde luego, tener su origen en la mentalidad dominante en el ambiente eclesial en que se formó, ya que, como he anotado, mucho tuvo que luchar por defender la libertad personal. En los años posteriores al Concilio Vaticano II, supo defender la libertad personal cristiana frente a las deformaciones propias de una libertad desligada de Cristo y de la verdad: las formas de teología de la liberación inspiradas en el marxismo y la reducción de la libertad a libertinaje.

Cornelio Fabro lo ha expresado acertadamente: «Hombre nuevo para los tiempos nuevos de la Iglesia del futuro, Josemaría Escrivá de Balaguer ha aferrado por una especie de connaturalidad —y también, sin duda, por luz sobrenatural— la noción originaria de libertad cristiana. Inmerso en el anuncio evangélico de la libertad entendida como liberación de la esclavitud del pecado, confía en el creyente en Cristo y, después de siglos de espiritualidades cristianas basadas en la prioridad de la obediencia, invierte la situación y hace de la obediencia una actitud y consecuencia de la libertad, como un fruto de su flor o, más profundamente, de su raíz»¹⁸.

Para empezar, quisiera referirme a una profundización del Beato Josemaría expuesta en una meditación del 28 de abril de 1963. Son palabras que muestran la densidad antropológica y teológica de su oración: «Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: tú eres mi hijo (*Ps.* II, 7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba! Ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón —lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener

¹⁸ C. FABRO, *El primado existencial de la libertad*, en VV.AA., *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei: en el 50 aniversario de su fundación*, (obra dirigida por P. RODRÍGUEZ, P.G. ALVES DE SOUSA, J.M. ZUMAQUERO), Pamplona 1982, p. 332. Ha sido publicado de nuevo en el volumen de C. FABRO, *El temple de un Padre de la Iglesia*, Madrid 2002.

la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios»¹⁹. Las luces recibidas de Dios, entreveradas con los sucesos de su vida, le han llevado al descubrimiento personal de que estar en la Cruz es ser Cristo y, por tanto, hijo de Dios.

7. LA LIBERTAD Y LA CRUZ

Hacia el final de su caminar terreno, en la primavera de 1974 afirmará que el elemento más decisivo de su amor a la libertad es la muerte de Cristo en la Cruz: «Amo la libertad de los demás, la vuestra, la del que pasa ahora mismo por la calle, porque si no la amara, no podría defender la mía. Pero ésa no es la razón principal. La razón principal es otra: que Cristo murió en la Cruz para darnos la libertad, para que nos quedáramos “in libertatem gloriae filiorum Dei” (Rom VIII, 21)»²⁰.

El Beato Josemaría usaba mucho la expresión *la libertad de los hijos de Dios*. De este modo ponía el acento en la relación de la libertad con la filiación divina, que Dios le había hecho ver como fundamento de su vida espiritual. Pero igualmente característico es su modo de ver la libertad como don divino que nos llega a través de la Cruz.

En su modo de pensar la conexión entre libertad y Cruz confluyen su estudio de la teología, la meditación personal, algunas experiencias espirituales especialmente intensas, y sobre todo su sentido de la filiación divina. Por este motivo algunos de los textos más incisivos se encuentran en escritos que manifiestan muy directamente el encuentro personal del Beato Josemaría con Cristo, como son sus comentarios a las estaciones del *Via Crucis*²¹ y a los misterios dolorosos del *Santo Rosario*²².

En sintonía con lo dicho, no es extraño que Dios haya querido mostrar al Fundador del Opus Dei la conexión entre la celebración de la Santa Misa y la identificación con Cristo, haciéndole sentir de algún modo el cansancio del Hijo de Dios en la Cruz: «Después de tantos años, aquel sacerdote hizo un descubrimiento maravilloso: comprendió que la Santa Misa es verdadero trabajo: “operatio Dei” trabajo de Dios. Y ese día, al celebrarla, experimentó dolor, alegría y can-

¹⁹ *Apuntes tomados de una meditación*, 28-IV-1963. Citado en C. CARDONA, *Forgia di dolore*, «Studi Cattolici» (1993), 779.

²⁰ *Apuntes tomados de una tertulia*, Pascua de 1974. Citado en A. LLANO, *La libertad radical*, cit., p. 104.

²¹ *Via Crucis*, Barcelona 1987, p. 133

²² *Santo Rosario*, Madrid 1985, p. 89

sancio. Sintió en su carne el agotamiento de una labor divina. A Cristo también le costó esfuerzo la primera Misa: la Cruz»²³. Dios quiso hacerle entender con mayor profundidad que la identificación con Cristo, que ejerce su libertad cumpliendo la voluntad del Padre dejándose clavar en la Cruz, tiene lugar radicalmente en la Santa Misa.

La formulación tan concisa —estar en la Cruz es ser Cristo y por tanto hijo de Dios— es de una notable densidad teológica. En ella la filiación divina queda vinculada a la identificación con Cristo, al ser *ipse Christus*²⁴. Ese ser Cristo tiene un sentido sacramental. Por el bautismo y por los demás sacramentos, mediante la acción del Espíritu Santo el hombre deviene Cristo, se hace cristiforme, miembro de Cristo. Pero además esa realidad de la nueva criatura²⁵ se proyecta en toda la vida y tiende a crecer y a manifestarse en todas las acciones, actuando como Cristo, o dicho de otro modo, dejando —mediante nuestra libertad— que Cristo actúe en nosotros, juntamente con la fuerza operativa del Paráclito.

Partiendo de la Cruz y por tanto del Santo Sacrificio de la Eucaristía, nuestra filiación divina se prolonga en todos los actos de la existencia cotidiana vividos en obediencia amorosa a la voluntad del Padre. Entonces se realiza lo que el Beato Josemaría afirmaba en el texto ya citado: «Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría».

8. LA LIBERTAD DE CRISTO

Consideremos ahora la libertad de Cristo, expresada en el cuarto Evangelio: «Por eso mi Padre me ama, porque doy mi vida para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y yo soy dueño de darla y dueño de recobrarla»²⁶. Y comenta el Beato Josemaría: «Nunca podremos acabar de entender esa libertad de Jesucristo, inmensa —infinita— como su amor»²⁷. Estas palabras nos invitan a meternos en el claroscuro de la sabiduría y del amor de la Vida divina.

La referencia a la Vida trinitaria —con su libertad amorosa— y a las misiones visibles e invisibles del Hijo y del Espíritu Santo es una luz intensa que ilumina

²³ *Via Crucis*, estación XI, punto de meditación n. 4.

²⁴ Cfr. A. ARANDA, «*El bullir de la sangre de Cristo*», cit., especialmente el capítulo V “Cristo presente en los cristianos”, apartado 2 “*Alter Christus, ipse Christus* en el Beato Josemaría”. Cfr. también F. OCÁRIZ, *Hijos de Dios por el Espíritu Santo*, «*Scripta Theologica*» (1998), 479-503.

²⁵ Cfr. 2 Cor 5, 17.

²⁶ *Iob* X, 17-18.

²⁷ *Amigos de Dios*, 25-26.

na toda su predicación: «El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia El, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones»²⁸.

Para acercarse al misterio eucarístico —al hacerse presente una y otra vez el único Sacrificio del Calvario, en el que Cristo revela de modo máximo el amor misericordioso— el Beato Josemaría parte también del amor y libertad propios de la vida trinitaria: «Esta corriente trinitaria de amor por los hombres se perpetúa de manera sublime en la Eucaristía. [...] Hablaba de corriente trinitaria de amor por los hombres. Y ¿dónde advertirla mejor que en la Misa? La Trinidad entera actúa en el santo sacrificio del altar. [...] Toda la Trinidad está presente en el sacrificio del Altar. Por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora»²⁹.

La libertad de Cristo, en la predicación del Beato Josemaría Escrivá, se entiende en este contexto del amor trinitario. El Hijo tiene el mismo señorío, amor y libertad que el Padre, porque es de su misma naturaleza. Su amor al Padre le lleva a ejercitar ese señorío y dominio cumpliendo la voluntad del Padre. Libertad y señorío que se traducen en servicio y donación desde el nacimiento hasta la Cruz.

La libertad como donación por parte de Dios contiene la paradoja fundamental del cristianismo: el anonadamiento y *kénosis* del Verbo; paradoja que llega a su tensión más alta en la Cruz, donde Cristo ejercita de modo sublime y con libertad plena su amor infinito a la voluntad del Padre y a la liberación de todos los hombres mediante su Pasión y Muerte, que le llevará a la victoria de la Resurrección. La corriente trinitaria de amor llega al colmo en la Pasión. «Cuando llega la hora marcada por Dios para salvar a la humanidad de la esclavitud del pecado, contemplamos a Jesucristo en Getsemaní, sufriendo dolorosamente hasta derramar un sudor de sangre (cfr. Lc XXII, 44), que acepta espontánea y rendidamente el sacrificio que el Padre le reclama»³⁰. Esta aceptación espontánea y rendida es ejercicio altísimo de la libertad y del señorío de querer servir a toda la humanidad.

Por eso, en la meditación personal del Beato Josemaría sobre la Pasión aparecen los textos quizá más sublimes sobre la libertad de Cristo como donación absoluta y como revelación del amor trinitario que está por encima de todo mal.

²⁸ *Ibidem*, 84.

²⁹ *Ibidem*, 85-86.

³⁰ *Ibidem*, *Amigos de Dios*, 25.

Así en su comentario a la IX estación del *Via Crucis* se expresa de modo muy intenso la paradoja de la libertad de Cristo en la Cruz: «Al llegar el Señor al Calvario, le dan a beber un poco de vino mezclado con hiel, como un narcótico, que disminuya en algo el dolor de la crucifixión. Pero Jesús, habiéndolo gustado para agradecer ese piadoso servicio, no ha querido beberlo (cfr. *Mt XXVII, 34*). Se entrega a la muerte con la plena libertad del amor».

En la XII estación, que contempla la muerte del Hombre-Dios en la Cruz, el Beato Josemaría Escrivá sigue mirando a Cristo en su libre donación: «Es el Amor lo que ha llevado a Jesús al Calvario. Y ya en la Cruz, todos sus gestos y todas sus palabras son de amor, de amor sereno y fuerte. Con ademán de Sacerdote Eterno, sin padre ni madre, sin genealogía (cfr. *Heb VII, 3*), abre sus brazos a la humanidad entera». En ocasiones decía que era el Amor —más que los clavos— lo que había cosido a Cristo en la Cruz.

El Beato Josemaría Escrivá invita a descubrir en la libertad del amor con que Jesús lleva la Cruz sobre sus espaldas un modelo para adquirir la propia libertad. «Mira con qué amor se abraza a la Cruz. —Aprende de Él— Jesús lleva Cruz por ti: tú, llévala por Jesús.

»Pero no llesves la Cruz arrastrando... Llévala a plomo, porque tu Cruz, así llevada, no será una Cruz cualquiera: será... la Santa Cruz. No te resignes con la Cruz. Resignación es palabra poco generosa. Quiere la Cruz. Cuando de verdad la quieras, tu Cruz será... una Cruz, sin Cruz»³¹. El cristiano crece en libertad en la medida en que ama la Cruz. Entonces va teniendo lugar en cada uno la liberación que Cristo nos ha conseguido.

Me he detenido en el momento culminante de la Pasión y Muerte —inseparable de la Resurrección y Ascensión, y del posterior envío del Espíritu Santo la mañana de Pentecostés—, pero vale la pena recordar que toda la vida de Jesús está impregnada de esta libertad amorosa del Hijo que no tiene otro deseo que manifestar el amor misericordioso del Padre.

Tomo aquí sólo un ejemplo: el de la vida oculta de la Sagrada Familia en Nazaret, muy querido al Beato Josemaría, porque la luz recibida de Dios acerca de la santidad en la vida ordinaria le llevó a descubrir el valor redentor de esos largos años, que no se limitan a ser una preparación para la misión pública, sino que son ya en sí mismos salvadores. Jesús obedece a María y a José: «*erat subditus illis* (*Lc II, 31*), obedecía. Hoy que el ambiente está colmado de desobediencia, de murmuración, de desunión, hemos de estimar especialmente la obediencia. Soy muy amigo de la libertad, y precisamente por eso quiero tanto esa virtud cristiana. Debemos sentirnos hijos de Dios, y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad

³¹ *Santo Rosario*, IV Misterio doloroso.

de nuestro Padre»³². La contraposición entre libertad y obediencia, cuando en ésta se manifiesta de un modo u otro la voluntad de Dios, suele ser señal de una visión todavía pobre de la libertad, como capacidad de elegir desprovista de su sentido y finalidad.

La libertad de Cristo manifestada en la obediencia al Padre durante toda su existencia muestra la clave de su biografía terrena desde Nazaret hasta la Cruz e ilumina el sentido de nuestra propia libertad como respuesta amorosa a la libertad divina.

9. LA LIBERTAD OFRECIDA POR CRISTO A LOS HOMBRES

La libertad que Cristo nos consiguió en la Cruz es el gran don de ser hijos del Padre y de poder amar a Dios, y por Él, a las demás personas creadas. Cristo nos consigue la gracia divina y así el hombre, que a causa del pecado se hallaba con la libertad disminuida como capacidad de amar y de corresponder a la libertad y al amor divino, puede recuperar esa pérdida gracias a la libertad de Cristo, de la que surge el amor que vence todo mal y toda esclavitud.

La filiación divina permite entender y vivir la libertad. Incorporados a Cristo, de algún modo formamos una sola cosa con Él, y en Él participamos como hijos adoptivos en las procesiones eternas intratrinitarias del Hijo y del Espíritu Santo. Los “hijos en el Hijo” participamos —de manera finita— de ese señorío, tenemos la libertad de los hijos. No somos esclavos ni siervos, sino hijos y amigos que conocemos los secretos del Padre comunicados por el Hijo —participando en la filiación del Verbo encarnado— y amamos a Dios Padre y a todas las personas por la participación en el Espíritu Santo, Amor recíproco entre el Padre y el Hijo.

«La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres»³³. La búsqueda de la infinitud que de un modo u otro todo hombre y toda mujer se empeñan por alcanzar, deja de ser la “mala infinitud” hegeliana y se convierte en la adhesión al único Infinito.

La objeción que quizás hoy con más intensidad que ayer todo hombre se plantea es: «responder que sí a ese Amor exclusivo, ¿no es acaso perder la libertad?»³⁴. Esa pregunta surge sobre todo ante el dolor y el esfuerzo que comporta un amor total y sin condiciones. Pero también ante el vaciamiento o pérdida de sí mismo que parece tan contrario a los ideales de libertad y autenticidad.

³² *Es Cristo que pasa*, 17.

³³ *Ibidem*, 27.

³⁴ *Ibidem*, 28.

En cierto modo la respuesta se obtiene de modo convincente sólo con la experiencia de decidirse a buscar ese Amor: «Amar es... no albergar más que un solo pensamiento, vivir para la persona amada, no pertenecerse, estar sometido venturosa y libremente, con el alma y el corazón, a una voluntad ajena... y a la vez propia»³⁵.

Sólo entonces se entiende bien y se saborea la propia libertad. «El alma enamorada conoce que, cuando viene ese dolor, se trata de una impresión pasajera y pronto descubre que el peso es ligero y la carga suave, porque lo lleva Él sobre sus hombros, como se abrazó al madero cuando estaba en juego nuestra felicidad eterna» (cfr. *Mt XI*, 30)³⁶.

La libertad sólo manifiesta todo su sentido y supera las paradojas cuando se descubre como don divino, con el que podemos colaborar con Dios. Es verdad que todos podemos sentir, y de hecho sentimos a veces, rebeldía, y entonces no comprendemos «que la Voluntad divina, también cuando se presenta con matices de dolor, de exigencia que hiera, coincide exactamente con la libertad, que sólo reside en Dios y en sus designios»³⁷. Aún así vale la pena recordar que, en definitiva, la exigencia de amar de modo total y pleno es bien conforme a nuestra naturaleza³⁸.

En definitiva, el Beato Josemaría contempla la libertad en su sentido más profundo bajo la luz con la que el Espíritu Santo le ha hecho sentir y de algún modo comprender la filiación divina. Ser hijos de Dios significa ser personas libres.

³⁵ *Surco*, 797.

³⁶ *Amigos de Dios*, 28.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ Cfr. *ibidem*, 6. Desde un punto de vista psicológico, la antropología del psiquiatra hebreo Viktor E. Frankl confirma esa aspiración humana a una donación plena.